

generales una suspension de hostilidades y la promesa de que los tirolesees podian retirarse á sus casas sin ser molestados. Sin embargo, al leer las cartas que se publicaron en su nombre, se necesita mucho cuidado para distinguir las verdaderas, pues es bien sabido que el Corso, conociendo su influencia y temiendo su firmeza, publicó en su nombre una proclama dirigida á los tirolesees, exhortándolos á la mas leal sumision á su nuevo amo y expresando su pesar por haber cometido el crimen de alzarse en rebelion. "*Pero,*" copiamos las precisas palabras del historiador, "*la impos-tura fué demasiado grosera para producir algun resultado.*" El mismo Hofer parece haber descubierto el fraude, porque poco despues publicó una exposicion muy animada, de la que claramente resulta que ántes habia sido engañado. Al deponer las armas, habia creido haber afianzado seguridad y buen trato para su país. Al saber que los invasores, violando escandalosamente sus promesas, trataban á los tirolesees co-

mo á pueblo esclavizado y conquistado, con la crueldad y opresion que la perversidad podia inventar y el poder ejercer, publicó este nuevo llamamiento :

“ ¡ TIROLESEES !

“ Me sentí inclinado á deponer las armas, fiando en hombres á quienes consideré como amigos de mi patria ; pero que segun veo ahora son enemigos y traidores. Por tanto, creo conveniente informaros que el valle de Paseyr vuelve á lanzarse á la insurreccion. Todos los habitantes, jóvenes y ancianos, han vuelto á tomar las armas, y el enemigo ha sido derrotado ayer sufriendo grandes pérdidas. Os excito, hermanos, á que os unais á nosotros. Si hubieramos de rendirnos al enemigo veriamos á todos los enemigos del Tirol arrebatados de sus hogares, nuestras iglesias destruidas, el culto divino abolido, y nosotros quedariamos cubiertos de eterna infamia. Combatid, pues, en defensa de vuestra

tierra natal; yo combatiré con vosotros y por vosotros, como un padre por sus hijos."

La noticia de que Hofer estaba aun en favor de la causa, armó en su defensa á centenares de hombres, y algunos combates probaron que el Tirol podia aun salvar y conservar su libertad, si no hubiera sido abandonado en la contienda.

Cerca de Zirl, en el Innthal, los afligidos tirolesees estaban á punto de dispersarse cumpliendo las órdenes de su legítimo soberano, cuyo derecho al mando reconocian en su triste sumision, cuando la vanguardia de los bávaros quemó hasta los cimientos la extensa y próspera aldea de Zirl. Frenéticos los tirolesees castigaron este agravio y tuvieron un dia mas de victoria y de venganza. En este espantoso conflicto la esposa combatió por el marido, la hermana por el hermano, la hija por el padre, la vírgen por el amante. Este combate fué el último esfuerzo convulsivo de la desesperacion; y la victoria co-

ronó sus armas, pero ¿qué podian la desesperacion y el valor contra numerosísimas huestes de enemigos, contra la traicion, la crueldad y la fuerza? Y sin embargo, grande como fué la mortandad entre los patriotas, fué mayor la mantanza del enemigo. Trescientas veinte *tiroleseas* fueron sacrificadas por la caballería italiana, y á su vez esta tropa fué destrozada por los indignados patriotas. Este fué el postrer esfuerzo colectivo de los tirolesees.

Viendo los generales franceses, Baraguay d'Hilliers y Eugenio Beauharnais, que las medidas severas no podian hacerlos dueños del Tirol, resolvieron ensayar el efecto de la dulzura y de la clemencia. Despacharon un correo invitando á Hofer á presentarse en su campamento, prometiendo salvos conductos, perdon general, y cuanta indulgencia fuese posible. Pero alucinado con la esperanza de poder al fin salvar á su patria, Hofer no dió oido á todas las promesas. En vano los generosos jefes le ofrecieron seguro

retiro. Hofer se mantuvo inflexible. Nuevas tropas invasoras se extendieron por todas partes. Los patriotas fueron envueltos por poderosos ejércitos, y muchos hechos pedazos. Hofer, para salvar á los pocos que quedaban, desapareció repentinamente, seguro de que no se disolverían mientras él permaneciese á su lado.

Habiendo cumplido hasta el último extremo con sus deberes de patriota; pensó en sus deberes secundarios, en los que tenía para consigo mismo, siendo entre estos los principales sus vínculos de esposo, de padre y de hijo. Se puso, pues, en camino para su hogar.

Con los brazos cruzados sobre el pecho y con los ojos fijos en el suelo, atravesó las cañadas y las barrancas tan llenas de recuerdos. No se detenía para evocar las deliciosas visiones de sus juveniles años que santificaban todos los sitios con alegres y brillantes esperanzas; no sentía la penetrante brisa del otoño que soplaba de sus queridas montañas cubiertas de nieve, no retar-

daba sus pasos para comparar el melancólico paisaje de noviembre que tenía delante, con las brillantes escenas que lleno de esperanza, había dejado en la primera. Su pensamiento estaba fijo en lo presente. De vez en cuando se estremecía, como si una serpiente le atajara el paso, al recordar dolorosamente los agravios de su patria; de vez en cuando se detenía y gemía, al mostrarle la memoria su felicidad pasada y su miseria presente.

Al divisar su aldea natal se le oprimió el corazón. ¡Cuán pronto caería en las garras del invasor, y su impotente mano—la mano de Hofer—tantas veces considerada como la del libertador de la patria—¡cruel y falsa alabanza!—no podía ya defender ni su pobre cabaña! Tenía que dominar estos desgarradores pensamientos, para presentarse á su anciano padre y á su afligida esposa, pues si no, la violencia de sus pesares le quitaría hasta el último consuelo que le quedaba. ¿Pero dónde encontrar descanso?

Tenia las miradas de amistosa simpatía y los de impertinente curiosidad. Notó con tristeza que muy pocos viajeros atravesaban los caminos: la muerte habia despoblado el país, y hasta en el valle de Paseyr, habian combatido y perecido por la libertad hombres, mugeres y niños. ¿Dónde encontrar descanso? — donde descansan todos. Fuése al triste cementerio de su aldea, y buscó un rincon escondido. Habia allí una tumba nueva y casi acabada de cerrar: una guirnalda marchita pendia de la sencilla cruz que la coronaba. Hofer suspiró: yacia allí alguno de sus amigos, porque en el valle no habia quien no fuera su amigo. Continuó su camino. Corta como habia sido su ausencia, ¡cuántos á quienes habia dejado alegres, vigorosos y llenos de vida, reposaban ya en aquel sitio de eterno descanso! Temió examinar con demasiada atencion.

Guarecido debajo de un añoso cipres pasó algunas horas orando y meditando. La terrible cadena de los acontecimientos presentes, eslabon

por eslabon iba pasando por su memoria, y necesitó de todo el auxilio de la religion y de la filosofía para soportar el peso de sus crueles recuerdos—de la religion que engendra la resignacion—de la filosofía que aconseja la indiferencia. Largo rato pasó Hofer solo con su corazon dominando sus fervientes emociones. Lo pasado habia pasado para siempre; habia hecho cuanto habia podido hacer. Lo presente estaba destinado á la sumision y á la inaccion. Era ya temeridad, era crueldad proseguir una guerra desigual y derramar la preciosa sangre de sus compatriotas en luchas vanas y sin esperanza. El porvenir podria brillar con nuevo esplendor: para el porvenir, pues, debia reservar la vida y la fuerza que le quedaban. Dando así fin á sus largas meditaciones, Hofer se desprendió del sitio en que habia descansado, y se sintió dispuesto á cumplir con su deber. Asegurando la tranquilidad y el bienestar de su familia, podria conservarse para el Tirol.

Las sombras de la noche se habian dilatado en su derredor, al descender lentamente al valle. Pocas, muy pocas luces indicaban las esparcidas cabañas de la aldea. Ni el ruido del trabajo, ni el acento de la alegría turbaban el silencio de la noche; no se oían pasos ligeros entre las veredas del valle; el aspecto de la desolacion dominaba la escena. Se acercó á su cabaña que estaba tan triste como todas las demas. Abrió la puerta; Constanza estaba sentada cerca del hogar, mirando en silencio la leña que se apagaba. No tenia á su lado su rueca, ni ningun otro útil de labor—no habia criados que la rodearan—sus hijos estaban cenando cerca de ella.

El cariñoso ladrido del perro favorito, que reconoció á su amo, anunció la llegada de Hofer. En un instante su esposa se arrojó en sus brazos, y sus hijos se le colgaron del cuello. Tiernas, sublimes fueron las emociones de aquel momento. La reunion de amigos queridos, despues una larga ausencia, despues de tantos sufrimien-

tos y vicisitudes es tal vez el gozo mas puro y exquisito que sentir pueda el corazon humano. Así fué para Hofer y Constanza, aun bajo el peso de su aficcion. En el placentero trasporte de volverse á ver, todas las penas pasadas, presentes y futuras, se desterraron por unos cuantos momentos de sus corazones felices y reconocidos. Por unos cuantos momentos, sí, que el placer dura instantes, y años el dolor. El llanto de la dicha ántes de secarse en las mejillas de ámbos esposos se confundió con el llanto del pesar. La silla del anciano estaba vacía—él habia dejado de existir.

Dolor era este que debia haber sido sentido. Con todo, Hofer quedó agitado por esta calamidad, como si fuera inesperada. Su espíritu, sin embargo, desde sus mas tiernos años imbuido en sentimientos de piedad sencilla, pero sincera, poco á poco fué recobrando su serenidad. Su padre habia vivido y habia muerto en paz: se habia librado del cruel espectáculo de la degra-

dacion y de la servidumbre de la patria; habia muerto ántes de que comenzaran los dias del infortunio.

Procuró comunicar el consuelo que sentia á su aflijida esposa y á sus llorosos hijos. Les era grato seguir hablando del buen anciano, recordar sus virtudes y repetir sus consejos. "Murió bendiciéndote, Hofer mio, bendiciéndote como libertador de la patria." "¡Libertador de la patria! ¡ah! ¡Constanza!" "Pues que ¿no has sido su libertador?" "Y ahora ¿qué soy? y ¿qué es de mi patria? . . . encadenada, degradada, oprimida. . . ." Constanza calmó dulcemente la angustia del patriota, haciendo recordar á Hofer las virtudes de su padre. Le hizo pensar en buscar para ámbos motivos de consuelo. Era media noche, los niños dormian profundamente y los esposos no podian hablar de otra cosa. Pero el sonido de la campana que anunciaba la hora hizo recordar á Hofer cuál era su situacion. Al dirigirse á su casa, habia oido varias veces que

se habia puesto precio á su cabeza. Constanza lo habia oido tambien, y pasado el primer transporte de gozo y de pesar, rogó á su marido que desde luego buscara su seguridad en la fuga. Ciertamente él no tenia la intencion de quedarse con ella, envolviéndola así en su ruina. Pero sabia que el único medio de obligarla á permanecer en su valle natural era dejarla sin que ella lo supiera, lo que solo podia hacerse durante su sueño. Así pues la rogó que pospusiera toda idea de fuga, hasta que una noche de descanso la restaurara sus fuerzas.

Era esto tan fundado en razon que Constanza no tuvo que decir y preparó la cena y el lecho. Hofer comió con apetito y habló alegremente; pero la mirada penetrante del cariño observó que su alegría era frígida y que en las palabras de Hofer se escapaban muchas indicaciones en lo futuro. "¿Por qué me dices cómo he de obrar en tales circunstancias? ¿No has de estar aquí para guiarme y aconsejarme?" En

vano procuró Hofer encontrar respuestas evasivas que la engañaran. No sabia fingir; Constanza era tan novicia como él en el arte del disimulo, y así sus palabras dieron en el punto de la dificultad.

“Hofer, estás á punto de abandonarme, no quieres que tu esposa participe de tu suerte, y con todo, ella está obligada por sus sagrados juramentos á hacerlo así. ¿Quieres que falte al primero de mis deberes?”

Hofer guardó silencio, no hallando qué contestar.

Constanza, dominando su emocion, dijo: “Ya no tenemos padre que quede abandonado.” Se detuvo: no tuvo fuerza para soportar este recuerdo. Hofer aprovechó esta pausa para señalar á sus hijos dormidos. Constanza comprendió que queria decirle: “No podemos dejarlos con amigos. Se enfermarán y morirán, si se separan de tí.” “Entónces, que participen de nuestra suerte: tienen un valor indomitable, Hofer, son dignos de su padre.”

Hofer vió que no quedaba mas que un arbitrio. “Constanza,” dijo solemnemente, “has jurado obedecerme; ¿te acuerdas de tu juramento?”

“Sí,” contestó ella asustada de esta pregunta y del fin á que se dirigia.

“Pues entónces, por el sagrado derecho que tengo á tu obediencia, te mando que te quedes.”

Constanza, pálida, aterrada, se arrojó en sus brazos, diciéndole. “Te obedeceré, Hofer, te obedeceré, aunque me cueste la vida.”

Él la estrechó tiernamente contra su pecho, le dió un beso en la frente helada, la abrazó, le dió las gracias, procuró aumentar sus afectos maternales, le habló de su regreso, de su futura reunion. En vano seguia hablando: el esfuerzo que habia hecho Constanza parecia haber agotado toda su fuerza, toda su energía. Comenzó él á afijirse de haber mandado, tal vez de ser obedecido, como ella decia, á costa de su vida.

Constanza se apartó de sus brazos y comenzó

á hacer los preparativos del viage, disponiendo provisiones, ropa, armas, haciéndolo todo maquinalmente y como fuera de sí. Hofer observó todos sus movimientos, comprendió que ella no queria abandonarlo, resolvió revocar su orden, se figuró todos los peligros que la amenazaban, volvió á su primera determinacion y procuró consolarla.

Pronto se dispone la maleta de un salvado : ántes del alba todo estaba listo para el viage. Solo tenia que dar el beso de despedida, el último adios : y esto era lo mas difícil. Abrazó á sus hijos dormidos, abrasó á su esposa que estaba pálida, inmóvil, teniendo en la mano el sombrero de Hofer. “¡Adios, mi adorada Constanza!” Ella movió los labios, pero no pudo oirse la bendicion que quiso pronunciar. Hofer estaba profundamente conmovido : era imposible dejarla en semejante estado ; quedarse con ella era poner en peligro su seguridad. Le quitó el sombrero de la mano y le dijo : “¡Ni una pala-

bra, Constanza?” Ella hizo un violento esfuerzo y contestó con voz ahogada : “¡Déjame, Hofer, no puedo, no me atrevo á decir mas, déjame!” “¡Nunca, nunca, bien mio ! ¡Oh! Constanza, perdona á mi amor engañado. De hoy mas, unirémos nuestra suerte, partiremos juntos.”

Constanza volvió á la vida, un torrente de lágrimas de gratitud desahogó su oprimido corazón : no tuvo palabras con que expresar á Hofer su reconocimiento ; pero pensando ántes en la salvacion de su esposo, que en su propio amor y en su alegría, voló á preparar su viage y el de sus hijos. Poco tiempo le bastó y al dorar el alba las alturas de los Alpes, la familia salia de su cabaña. Hofer cargó una mula con los objetos mas necesarios y algunas provisiones, se echó la maleta al hombro, tomó una canasta en una mano y con la otra guió al animal. Constanza llevaba un bulto debajo de cada brazo y conducia de la mano á su hija. El niño saltaba albo-

rozado, sin mas peso en el ánimo ó en el cuerpo que una paloma favorita que llevaba sobre la espalda, que lo picoteaba y le quitaba las migajas de la boca, y á veces revoloteaba en su derredor provocando su risa y sus caricias. El fiel mastin seguia de cerca los pasos de su amo.

Hofer, guiando á la familia, tomó en breve las veredas mas solitarias de la montaña; conocia todos los pasos pedregosos y todos los desfiladeros, y marchaba por aquel laberinto con destreza y seguridad. Él solo hubiera ahorrado camino, por donde las laderas de la montaña dejaban estrecha y tortuosa senda, ó por donde entre raíces desprendidas y entre arbustos se necesitaba de un brazo vigoroso para subir por las pendientes perpendiculares del monte. Pero Constanza y su hija no podian exponerse á estos peligros, y la mula que era indispensable, aunque bien herrada, no podia seguir á su amo por tan agrios precipicios. Poseyendo toda la riqueza que tenia en este mundo—su marido y sus hi-

jos—cumpliendo con su mas caro deber, acompañando fielmente á quien amaba, y á quien veia perseguido, Constanza caminaba ligera y casi contenta. No sabia á donde iban, y no pensó en preguntarlo. Hofer lo sabia, y á donde quiera que el la llevase, ella habia de encontrar toda su felicidad.

El niño iba encantado con lo que veia, las cabras, los pájaros, las flores. Todo para él era contento, y yendo al lado de su hermana, que participaba de su asombro y contestaba á todas sus preguntas, sentia el colmo de la dicha.

Una ligera comida y un corto descanso al mediodia restauraron las fuerzas de los viajeros, y así siguieron hasta que el sol poniente los obligó á buscar albergue durante la noche. Por fortuna estaba cerca una cueva espaciosa. Hofer cortó leña para encender fuego, mientras Constanza recogió musgo y matorrales para tender la manta que habia de servirles de cama. Muy grato fué el fuego, porque el frio era ya

fuerte y Constanza creyó que sus hijos solo sentirían calor teniéndolos junto á su seno. Durmieron tan dulcemente que fué un placer para la fatigada madre estar mirándolos y oyendo su suave respiracion. Hofer, tambien, se tendió en profundo sueño á su lado. ¡Qué consuelo era para ella contemplar á su esposo y á sus hijos, echar mas leña en el fuego para darles calor, y alzar los ojos al claro cielo tachonado de estrellas, implorando la bendicion de Dios! No sentia frio, porque sus hijos estaban como anidados en sus brazos: no podia estar triste porque Hofer estaba á su lado libre y seguro. Estos suaves pensamientos endulzaron su vigilia, y cuando la naturaleza cansada la sumergió en el reposo, le dieron agradables sueños.

Hacia tiempo que habia amanecido y el sol lucia sobre las cimas de las montañas, cuando sus oblicuos rayos disiparon el ligero sueño del niño: sus alegres exclamaciones despertaron á sus padres, y en breve todo estuvo listo para con-

tinuar la marcha. Otra lenta mañana de esfuerzos los llevó al borde de una profunda barranca. ¿Cómo continuar? ¿por dónde seguir? Hofer calculó que estaban á unas seis leguas de su casa. El sitio parecia inaccesible á no ser por la difícil senda que ellos habian ascendido, y estaba tan cubierta por la espesura del bosque y tan rodeada de peñascos, que mirando hácia abajo apenas podian descubrirla. La barranca hacia imposible el acceso por el otro lado, era profunda y escarpada, y en su parte mas honda se precipitaba violento un espumoso torrente: una pequeña cañada del lado de la montaña presentaba un espacio plano y la circunstancia de estar escondido entre árboles frondosos y madera recién cortada, lo hacia un sitio muy á propósito para ocultarse. Constanza vió en su derredor, miró á Hofer, y él contestando á su mirada, le dijo: "Sí, es virdad, no podemos encontrar refugio mejor, ni mas seguro."

La mula fué descargada, y quedó libre para

ir á pacer. Andrés, su hermana, su paloma y su perro, se acomodaron para dormir en un rincón seguro y abrigado, donde los puso Constanza. Hofer se quitó la chaqueta, tomó su hacha y comenzó á trabajar.

En pocos dias habia formado una cabaña rústica, en verdad, pero bastante amplia para contener á su familia. Con tierra húmeda y con pedazos de piedra, logró levantar cuatro paredes, sobre las que puso un techo sesgado, formado de ramas de árboles y de breñales cortados de la cima de la montaña. Construyó una chimenea y así concluyó la obra de su casa. Constanza lo ayudó en todo este trabajo y aun Andrés llevó montones de yerba y haces de leña. Como se lo habia propuesto, el alimento era proporcionado por el arco y las flechas de Hofer; raíces y frutas conocidas de los cazadores, aumentaban sus frugales comidas. Así pasaron los primeros dias; pero noviembre comenzó con fuertes nevadas; la nieve subió algunos piés en las cumbres de las

montañas, y se necesitaba un trabajo diario para evitar que la cabaña fuese sepultada bajo los rigores del invierno. Ya no se encontraban raíces, ni frutas silvestres; la mula habia descendido á buscar donde pacer; el perro y el arco de Hofer podian proporcionar muy escaso alimento; la provision de pan estaba ya agotada. La niña se iba marchitando por el rigor de la intemperie y la escasez de alimento. ¡ Cuántas veces la veia Constanza y deseaba que mamara todavía, creyendo que su pecho seria fuente inagotable! Hofer tendia ansiosamente la vista por los apartados valles; pero dejar á Constanza por un tiempo indefinido, en la aventurada empresa de entrar á algun punto guarnecido, dejarla sin alimento, aun para ir á buscárselo—era un peligro que no podia afrontarse sin temeridad. Valia mas morir juntos.

Llegó un dia en que la nieve y la tempestad hicieron imposible buscar caza. Ni los hombres ni los animales podian resistir la furia de los ele-

mentos. Hofer intentó salir mas de una vez, pero el aire estaba oscurecido por los espesos copos de nieve, y ni los pájaros podían volar. Constanza amontonó la leña en el hogar, dió á sus hambrientos hijos el último bocado que quedaba, y derriñendo la nieve ella y Hofer bebieron el líquido caliente. La noche pasó tristemente, pero los niños durmieron y la madre no lanzó ni una queja. La provision de leña en la cabaña iba disminuyendo rápidamente. Una vez y otra vez Hofer intentó luchar con la furiosa tormenta: una vez y otra vez tuvo que refugiarse en su cabaña.

Al ponerse el sol, calmó la tempestad, pero en aquella hora sin luz ¿qué esperanza de encontrar algo que sirviera de alimento? Constanza procuraba animarlo, diciéndole que al amanecer podría ir á cortar leña y encontrar algun ave, algun animal silvestre. Andrés estaba tranquilo, su hermana no lloraba, y ámbos dormían. Todo podia ir bien todavía. “Querido

Hofer, consuélate, dentro de poco podrás proporcionarnos que comer; no gastes tus fuerzas en esos terribles esfuerzos.” Se sonreía al hablar y le tomaba la mano: él se la apretaba con amargura y seguía paseándose rápidamente en la cabaña. Repentinamente se detuvo, escuchó; no era ilusion, había oido voces humanas. Sintió un gozo inmenso, mientras Constanza desfallecía de congoja. “¡Constanza, estas salvada!” exclamó: “Y tú perdido, esposo mio, son enemigos.” “No tal, si te traen alimento.”

El ruido se aproximaba. Débil, enferma, desesperada, Constanza permaneció inmóvil. Hofer saltó á la puerta, la abrió de par en par y exclamó: “Entrad, quien quiera que seais, entrad y salvad á mi muger y á mis hijos que se mueren de hambre.” Un hombre entró en efecto. Constanza, cerró los ojos y se desmayó. Cuando volvió en sí, se encontró tendida en su lecho de musgo, con Hofer arrodillado sosteniéndole la cabeza sobre su corazon. Había luces en

la cabaña y se oía el sonido de voces alegres. Con una mirada preguntó lo que no se atrevía á decir y Hofer le dijo suavemente. Son amigos, Constanza, amigos que vienen á salvarnos." Sus palabras eran para ella como el evangelio, que él no podría mentir ni para salvarle la vida. Sus agitados nervios se calmaron en un momento, lloró abundantemente y habiendo visto á su marido y á sus hijos tomar alimento, tambien ella tomó algo.

Era cierto lo que Hofer habia dicho: sus amigos lo habian descubierto y llegaban para salvarlo. Inquietos por su ausencia, la aparicion de su mula hizo que los que la conocian, averiguaran dónde estaba su dueño. Dos ó tres vigorosos jóvenes emprendieron la tarea de buscar á Hofer y de llevarle provisiones. La ausencia de Constanza y de sus hijos les hizo creer que estaria reunida toda la familia, y reanimó su simpático interés. Despues de tres dias de andar vagando, descubrieron la aislada cabaña.

Les llevaban ropa y alimento y la seguridad de seguirles proporcionando provisiones. Llevaban cartas en qué se suplicaba á Hofer que huyera á Austria y participara de la suerte de sus compañeros expatriados. Firmemente este rechazó todos los proyectos de fuga, no quiso ni quitarse la barba para que fuera mas difícil que lo conocieran. " Me he querido conservar para seguir sirviendo á mi patria," dijo, " si me encuentran, se apoderarán de mí; pero me habrán hallado en mi puesto, y no como desertor."

Cada semana sus amigos le enviaban provisiones y cartas en que seguian rogándole que huyera. Él daba las gracias á sus generosos amigos, pero se mantenía firme en su primera decision. Mas de una vez llegaron á la cabaña mensajeros confidentiales con comisiones de la corte de Austria. Le llevaban cartas escritas por el mismo Emperador, instándole porque huyera á Viena y asegurándole que tendria salvo conducto para atravesar el enemigo. Por satisfac-